

Atravesaron la puerta astral y pisaron por primera vez ese mundo desconocido ¿Qué tipo de mundo sería? ¿Qué peligros guardaría?

Como sargento de su pelotón, tenía bajo su mando a diez hombres. Sus hermanos de batalla. Su planeta natal estaba sobreexplotado y ocupado el noventa y cinco por ciento de su superficie. Hacía un par de años que llevaban a cabo esta misión. El reconocimiento de nuevos planetas ricos en recursos a los que poder trasladarse, sin que hubiesen tenido suerte todavía de encontrar uno válido.

Su civilización dominaba desde hacía un par de lustros los viajes mediante puertas astrales y agujeros de gusano espaciales. Cuando los cruzaban, el espacio se plegaba como lo puede hacer un folio y recorrían la distancia total en un instante. Recorrían todo el folio pasando de extremo a extremo que se toca cuando lo doblamos.

Dejo a un lado esos pensamientos y empezó a dar órdenes a sus hombres para montar un primer puesto y empezar a tomar muestras. Aquel planeta era frío y quería tener todo listo para cuando cayese la noche. Hecho que habían calculado que se producía cada cuatro horas.

El plan era dejar a cinco hombres en ese puesto realizando experimentos. Él y el resto avanzarían para explorar el territorio. Prepararon sus equipos y salieron sin perder tiempo.

Progresaban por aquella tierra poco a poco, atentos a cualquier ruido y clavando balizas de posicionamiento y detectoras de movimiento cada kilometro. Se sentían observados, pero no veían ningún ser, ni amigo ni enemigo. El sargento levanto el puño, el resto de hombres se le acercaron y se agacharon esperando ordenes cuando llegaron al medio de una pradera helada.

Una sombra, rápida como un rayo, se abalanzó sobre el sargento antes de que empezase a hablar. Cayó herido de una pierna. La sombra desapareció de nuevo.

-¿Qué ha sido?- preguntó un soldado antes de caer muerto sin ver otra sombra que ya se alejaba.

-Sargento, no hay cobertura-. Gritó otro.

-Silencio, fuego a discreción.

Los soldados empezaron a disparar en todas las direcciones. Alguna sombra caía y dejaba ver el cuerpo de algo parecido a un reptil. Pero por cada una de ellas, caía el doble de soldados. Estos habían formado un círculo entorno a su sargento y el parapeto empezaba a ceder.

La batalla fue salvaje y rápida como aquellos seres que se lanzaban contra los soldados sin miedo. Era como si los hubieran estado esperando. Algunos hasta se paraban a mordisquear a su víctima. Momento que aprovechaban para no errar el tiro el resto de soldados.

Cuando cayó el último hombre, el sargento se maldijo. Aún en el suelo, decidió hacerse el muerto. Posó una de sus manos en su machete. Moriría luchando.

Con los ojos casi cerrados pudo ver a uno de esos seres que se le acercaba lentamente relamiéndose. Cuando lo tuvo cerca, desenfundó su arma blanca y la clavó en el cuello del animal. El cuerpo de este parpadeó desapareciendo un momento y cuando volvió a verse, cayó vencido.

El sargento se levantó como pudo, era el último hombre en pie y no había rastro de ningún reptil más. En uno de los extremos de la pradera empezaba la falda de una montaña. Allí se dirigió a duras penas para buscar donde guarecerse. Tuvo suerte y encontró una pequeña cueva poco profunda y sin rastros de estar habitada donde pasar un par de noches de aquel planeta perdido.

Una vez dentro se curó como mejor pudo la herida profunda y comió de sus raciones de combate. Después de beber de su cantimplora, se quedó dormido.

Al despertar, un suave viento del este entraba por boca de la cueva, estaba amaneciendo. Improvisó una muleta rudimentaria con su fusil y se preparó para avanzar un poco más y poner la última baliza. Por mis hermanos, se dijo.

Al lado de la cueva empezaba un cañón muy estrecho y de paredes altas. Decidió entrar para ver a donde llevaba, la baliza anterior no indicaba movimiento.

Al llegar al otro lado, un extenso valle se abrió delante de él. Sin vegetación y sobre las rocas desnudas, unas extrañas aves de tres ojos parecidas a cuervos lo observaban y graznaban señalando su presencia. Clavó la última baliza y se dispuso a desandar el camino hasta el primer puesto, controlando en todo momento los detectores de

movimiento. Antes de que aquellas aves y sus ruidos atrajesen a más reptiles o a saber que otros seres.

No fue fácil. Cuando llegó, explicó lo que había sucedido y luego indicó a los soldados que allí estaban que desmontasen el campamento. Volvían a casa donde prepararía un informe de la expedición. Otro planeta inhóspito que apuntar a la lista.